

HONORE DE BALZAC

EL CAJERO*



Hay una clase de hombres que la civilización obtiene en el reino social, igual que los botánicos crean una nueva especie en el reino vegetal, merced a la educación del invernadero, una especie híbrida, que no pueden reproducir ni por semillas ni por injertos. Ese hombre es un cajero, verdadero producto antropomorfo, regado por las ideas religiosas, mantenido recto por la guillotina, podado por el vicio, y que brota en un tercer piso, entre una esposa estimable y unos chicos fastidiosos.

El número de cajeros de París será siempre un problema para el fisiólogo. ¿Ha comprendido nadie nunca los términos de esa ecuación cuya X conocida es un cajero? ¿Dar con un hombre que, sin cesar, esté adelante de la fortuna como gato ante ratón enjaulado?

¿Encontrar un hombre que posea la facultad de permanecer sentado en un sillón de mimbre, en un cubículo enrejado, sin tener más pasos que dar que un teniente de navío en su cabina, durante las siete octavas partes del año y de siete a ocho horas al día...? ¿Hallar un hombre que no se anquilese en ese oficio, ni las rodillas ni las apófisis de la cadera...? ¿Un hombre lo bastante grande para ser pequeño...? ¿Un hombre capaz de desilucionarse del dinero de tanto manejarlo...? ¿Pedir ese producto a alguna religión, a alguna moral, a algún colegio, a una institución, cualquiera que fuere, y asignarle París, esta ciudad de las tentaciones, esta sucursal del infierno, cual terreno en que plantar al cajero...! Pues bien, unas tras otras desfilarán religiones, colegios instituciones morales, todas las humanas leyes, así grandes como chicas, y responderán a vuestro reclamo, cual un amigo íntimo al que se le pide un billete de mil francos.

Tales pondrán cara de pésame, harán gestos, y os mostrarán la guillotina, de igual modo que el amigo os indicará el domicilio del usurero, o una de las cien puertas del hospital. Pero la naturaleza moral tiene sus caprichos y, de cuando en cuando, se permite hacer gente honesta y cajeros. De ahí que esos corsarios, a los que condecoramos con el nombre de banqueros, y que sacan su licencia de mil escudos igual que un pirata su patente de corso, profesan tal veneración a esos raros frutos de las

* Fragmento inicial de *Melmoth Reconciliado*, (1835), esta versión es una adaptación titulada y preparada por el editor, de la Revista Colombiana de Psicología, a partir de las versiones de Ediciones Libertarias, Madrid, 1981, y del texto de las Obras Completas, Ed. Aguilar, 1959.

incubaciones de la virtud, que los enjaulan en cubículos para guardarlos, al modo como guardan los gobiernos los animales raros. Como el cajero tenga imaginación, como el cajero tenga pasiones, o como el cajero más perfecto ame a su mujer y esta mujer se aburra, sea ambiciosa o simplemente vanidosa, ¡adiós cajero! Repasad la historia de la caja y no podréis citarme ni un solo cajero que haya llegado a lo que se dice *una posición*. Van al presidio, huyen al extranjero o vegetan en un segundo piso de la *rue Saint-Louis -au- Marais*.

Cuando los cajeros hayan reflexionado sobre su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Ciertamente hay individuos que solo pueden ser cajeros como otros pueden ser pícaros. ¡Extraña civilización! La sociedad asigna a la virtud cien luises de renta para su vejez, un segundo piso, pan a discreción, algún chal nuevo y una mujer vieja, acompañada de sus hijos. Cuanto al vicio, teniendo un poco de audacia y sabiendo bordear hábilmente un artículo del código, como Turenne bordeara Montecuculli, la sociedad legitima sus millones robados, lo condecora, lo atiborra de honores y lo abrumba de consideración. Por lo demás, el gobierno está en perfecta armonía con esa sociedad profundamente ilógica. El gobierno hace entre las jóvenes inteligencias, de los dieciocho a los veinte años, un reclutamiento de talentos precoces; gasta en trabajo prematuro grandes cerebros, por él convocados para pasarlos por la criba, igual que los jardineros el grano. Educa para ese oficio a jurados calibradores de talentos, que contrastan los cerebros, lo mismo que en la Casa de la Moneda se contrasta el oro. Luego, de las quinientas cabezas prometedoras que anualmente le facilita la población más adelantada, acepta la tercera parte, la mete en grandes sacos llamados *Escuelas* y en ellos la agita durante tres años. No obstante representar enormes capitales cada uno de esos injertos, hace de ellos, por así decir, cajeros; nombra-los ingenieros ordinarios, empléalos como capitanes de artillería; en una palabra: les asegura cuanto hay de más elevado en los grados subalternos. Luego, cuando esos hombres seleccionados, atiborrados de matemáticas y pletóricos de ciencia, llegan a los cincuenta años, les asegura, en recompensa a sus servicios, el piso tercero, la mujer acompañada de hijos y todas las dulzuras de la mediocridad ♣